

RAZONES ESTRUCTAMENTE LITERARIAS

Christian X. Ferdinandus*

NOTA DEL EDITOR

Fernando Sorrentino es un autor muy estimado que ha colaborado en otras ocasiones con nuestra revista. Esta vez nos acerca un cuento inédito, escrito en conjunto con Cristian Mitelman.

1

Desde que aprendí a leer me convertí en un entusiasta de las llamadas bellas letras. Antes de concluir mis estudios secundarios había recorrido, para mi corta edad, una cantidad no desdeñable de libros.

Tenía, sí, la conciencia de carecer de una mínima base teórica, por lo que, en la elección de las lecturas, me dejaba guiar por el mero gusto personal.

Debido a esta convicción, y sobre todo por la esperanza de convertirme en escritor de ficciones, decidí estudiar Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras. No había transcurrido un trimestre cuando comprobé que tal carrera no forma escritores, sino lectores (y, las más de las veces, lectores desdeñosos, poco lúcidos, enloquecidos por la retórica, por el esnobismo o por el análisis de los procedimientos de cualquier extravagante aventurero de las letras).

Sin embargo, y a pesar de estas tempranas revelaciones, no desistí: en poco más de cinco años obtuve mi Licenciatura.

Por fortuna me había granjeado la amistad, o por lo menos el trato cordial, del doctor Manuel Ramírez Ansaldi, un hombre al que no dudo en calificar de genial. En él convivían varias formas de ser que, si a simple vista resultaban frondosas o dispersas, en su persona se intersectaban en un certero proceso de síntesis.

Conocía lenguas antiguas a la perfección, y, en consecuencia, podía traducir del griego, del hebreo o del latín con soltura, exactitud y envidiable fluidez poética. De hecho, en la

* Seudónimo conjunto de los escritores argentinos Fernando Sorrentino y Cristian Mitelman.

Gramma, XXV, 53 (2014), pp. 118-132.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

Facultad desempeñaba, por ser una eminencia del campo de la antigüedad clásica, una suerte de cargo honorífico y funcionaba como supervisor o tribunal de última instancia para las cátedras de griego y de latín. Esta labor se llevaba a cabo solo durante el último cuatrimestre, pues era fama que, a partir de enero, empleaba su tiempo en viajes por Europa (especialmente por los países de la cuenca del Mediterráneo).

Pero su universo literario se abría, como dije, a muy distintos campos, y con similar eficacia en todos. Lograba, por ejemplo, explicar los más intrincados pasajes gongorinos con una sencillez que convertía un texto de apariencia laberíntica en expresión cristalina. Su versación filológica no se limitaba al mundo grecolatino ni a los españoles siglos de oro; despreciando las opiniones de quienes, en el *Martín Fierro*, ven sobre todo un alegato sociopolítico, lo consideraba la mejor novela argentina del siglo XIX, y había hallado en él curiosas reminiscencias clásicas. Gracias a su pericia y simpatía, textos arduos llegaban al alumnado con amable claridad, de manera que personas sin mayores dotes, o inclusive muy legas en cuestiones de letras, podían acceder a mundos que parecían exclusivos de los especialistas. Era, en suma, un humanista y, ¿por qué no decirlo?, lo más parecido a un sabio.

Sin vanidad alguna, puedo ufanarme de que yo, por mis propios medios y sin haber sufrido ninguna influencia de Ramírez Ansaldi, había llegado, con respecto a la obra maestra de Hernández, a conclusiones muy parecidas a las suyas, y, en consecuencia, no eran infrecuentes nuestros diálogos informales en torno de diversos aspectos del poema.

En cierta ocasión Ramírez me dijo que el gaucho de Hernández, al irse urbanizando a fines del siglo XIX y principios del XX, concluyó su metamorfosis en el compadrito porteño que tanto interesó a la pluma de Borges.

—Es verdad —asentí, procurando demostrar que también yo poseía información sobre el tema—. Creo que esa misma es la opinión de José Gobello. Y, según recuerdo, Borges escribió que, siendo niño, le pareció que el lenguaje del *Martín Fierro* era más de compadre criollo que de paisano; su modelo de habla gauchesca era el *Fausto* de del Campo.

—El paso del gaucho al compadrito habrá sido casi imperceptible. Usted se acordará de que, en *La morocha*, que es del año 1905 (y que, la verdad sea dicha, es de poética muy cursi), Ángel Villoldo escribe «Soy la gentil compañera / del noble gaucho porteño». La síntesis perfecta: *gaucho* más *porteño*.

—Tal cual. Y hasta muy entrado el siglo XX se siguieron produciendo algunos tangos de temas no ciudadanos sino gauchescos.

—Pero, como ocurre con todas las cosas, también se modificaron la actitud, los énfasis, la manera de cantar, el fraseo... Por ejemplo, tenemos el tango *Contramarca*. Data de 1930 y es obra de dos «gauchescos gringos» —aquí sonrió levemente—: música de Rafael Rossi y letra de Francisco Brancatti. Gardel lo grabó en 1930, Julio Sosa supongo que alrededor de 1960 y Roberto Goyeneche un poco más tarde, creo que por 1966 o 67.

«Dios mío», pensé, «¿qué clase de hombre es este, que puede leer de corrido a Sófocles en griego y a Virgilio en latín, y ahora resulta también un erudito en tangos...?».

—Julio Sosa —continuó— no es santo de mi devoción, pero, en cambio, recuerdo muy bien cómo cantaron *Contramarca* Gardel y Goyeneche.

Y a continuación me dejó perplejo cuando, para explicarme las diferencias de fraseo entre ambos cantores, cantó, por supuesto *a cappella*, el tango *Contramarca*, primero con la voz de Carlos Gardel y en seguida con la de Roberto Goyeneche. Cerré los ojos y, en efecto, *eran* la voz y el estilo de Gardel y *eran* la voz y el estilo de Goyeneche: Ramírez *era* Gardel y *era* Goyeneche.

Se rió de mi asombro, y no le dio mayor importancia a su habilidad:

—Desde chico me he divertido componiendo imitaciones. En el colegio me hacían parodiar a los profesores. Me gusta el teatro y, en fin, todos poseemos nuestra cuota de necesario histrionismo. Tengo unos cuantos personajes...

Y, en efecto, a lo largo del tiempo verifiqué que el doctor Manuel Ramírez Ansaldi podía reproducir irreprochablemente las voces, la manera de modular, las pausas, los tics verbales de, por ejemplo, Luis Sandrini, Carlos Menem, Raúl Alfonsín, José Marrone...

Dos veces me atreví a mostrarle mis intentos de incursionar, como creador, en la literatura narrativa. Con justicia, pero también sin dramatismo, su parecer fue negativo: yo tenía buena prosa, sintaxis correcta y hasta cierta expresividad loable, pero a mis escritos les faltaban ciertos condimentos: cambio de ritmo, «explosión» y, sobre todo, las «vivencias» que solo otorgan los pormenores: sin el aporte de detalles funcionales, un relato se vuelve evanescente, inverosímil y muere mientras el lector lo va leyendo. Lo entendí muy bien: no insistí, en cuanto narrador, una tercera vez, y me resigné, en mi presente y futura relación con la literatura, a desempeñar el papel de profesor, crítico o filólogo.

Ramírez Ansaldi gozaba también de su costado mundano.

No despreciaba la parte «popular» de la existencia, y se hallaba, por ejemplo, muy informado de las peripecias del campeonato argentino de fútbol. Nunca quiso revelarnos cuál era el club de sus amores, aunque yo tengo mi teoría en tal sentido. Su bienestar económico parecía superar el nivel medio de sus colegas de la universidad: vivía solo —alguna vez lo visité— en un amplio piso de la calle Maure, unas cuadas antes de descender a la abadía de San Benito, y manejaba un automóvil BMW de modelo relativamente reciente.

Alto y delgado, se movía y caminaba con elegancia juvenil, a pesar de que estaría acercándose a las seis décadas de su edad. El paso del tiempo ni siquiera insinuó un amague de calvicie; peinado sin mayor rigidez su abundante cabello castaño claro, las canas de las sienes no le agregaban años sino que le otorgaban un atractivo adicional. Un rostro armónico, ojos celestes, dientes blancos y de sonrisa fácil...

Soy varón y no me intereso en la belleza masculina, pero sin duda el doctor Manuel Ramírez Ansaldi era un hombre muy buen mozo. En la Facultad se conocían algunas historias, y no solo con profesoras: también más de cuatro chicas estudiantes habían sucumbido a los encantos del afortunado docente. Era, en suma, lo que los adolescentes llaman *un winner*.

Innecesario consignar que yo lo admiraba y, dentro de lo posible, me habría agradado parecerme al doctor Manuel Ramírez Ansaldi, y ser, al igual que él, *un winner*.

2

Una tarde de diciembre (la Facultad estaba casi desierta) lo encontré en el pasillo del segundo piso con su cartapacio de cuero negro.

—Joven Loíacono —me saludó, con esa conjunción, un poco molesta para mí, de llamarme *joven* y tratarme de *usted*, como para mantener cierta distancia—, tengo entendido que ahora somos colegas.

Esas palabras, por excesivas (me sentía bastante por debajo de su nivel intelectual), me avergonzaron un poco pero, simultáneamente, confirieron osadía a mis veinticuatro años: aproveché la oportunidad para exponerle mi propósito de ganar una beca en el doctorado.

—Eso es excelente; lo invito a que tomemos algo para hablar con más tranquilidad. Si tiene tiempo, claro.

La situación me pareció extrañamente inversa: era el maestro quien invitaba, mostrando interés por el proyecto de un discípulo.

Evitamos el ruidoso bar que está en la esquina de Pedro Goyena y Puán, y nos alejamos unas pocas cuadras hasta encontrar un café más tranquilo. La penumbra de su interior contrastaba con la claridad hiriente de fin de año.

Manuel Ramírez Ansaldi pidió un whisky con hielo y lo saboreó con los ojos cerrados; yo, que rara vez pruebo el alcohol, una gaseosa.

—¿Ya tiene pensado algo? Usted sabe que el primer escollo es el tema —dijo.

—Pensaba trabajar en la obra de un escritor al que la denominada «academia» no tiene en su haber: Mario Spinelli.

—¿Spinelli? —preguntó o exclamó a la vez, por lo que temí alguna clase de desprecio por su parte.

No recuerdo qué logré balbucear. Sé que no me atreví a exteriorizar mi opinión: para mí, Mario Spinelli era tal vez, e incluso sin *tal vez*, el mejor narrador policial de lengua española. Los cuatro libros de cuentos y las catorce novelas fueron mis lecturas preferidas en la adolescencia y —de algún modo— determinaron mi destino.

—Abrigo mis dudas —dijo—. Spinelli es ingenioso, sabe urdir tramas precisas y atrayentes, pero...

Meneó un poco la cabeza, como buscando el término exacto:

—Pero, al fin y al cabo, no deja de ser un autor comercial, un mero fabricante de *best-sellers*, el ejecutor de un género menor.

Me sorprendió, en un hombre tan docto como Manuel Ramírez Ansaldi, ese prejuicio. Con cierta impensada agresividad repliqué:

—Con todo respeto, doctor, no estoy de acuerdo con usted. No existen, me parece, géneros mayores y géneros menores; solo existen obras literarias excelentes, muy buenas,

buenas, mediocres, malas y pésimas.

Manuel Ramírez Ansaldi esbozó una sonrisa ligeramente sobradora. Sin embargo, no me sentí ofendido y la vi con simpatía.

—Sabía —dijo— que usted iba a contestarme exactamente lo que me contestó: coincide con su personalidad un poco apasionada. Se lo dije a modo de provocación. En realidad, tiene razón, y yo estoy de acuerdo con usted.

Envalentonado, quise añadir un ejemplo contundente:

—Juzguemos resultados y no intenciones: yo creo que el sainete *El conventillo de la Paloma*, de Alberto Vacarezza, es muy superior a la tragedia *Dido*, de Juan Cruz Varela. Y, según dicen los que creen que saben, el sainete es un género menor, y la tragedia, un género mayor...

—Sí, pero ¿usted leyó *Dido*?

Tuve que admitir que no había leído esa tragedia.

—Lo felicito —dijo—. Su intuición fue certera. Yo sí leí *Dido*, y no me pareció una obra meritoria.

Sentí que, a pesar de estos vericuetos irónicos de Ramírez Ansaldi, había ganado el primer tanto. Comprendí también que el doctor, un poco desgano, estaba de vuelta de tantas cosas, de tanta polémica inaprehensible, de tanta discusión hueca...

—Entiendo —añadió— que los burócratas de la Facultad consideran los libros de Spinelli como simples pasatiempos, laberintos o adivinanzas de trescientas páginas. ¿Qué más da? Pero sus argumentos son bastante rigurosos; no abusa de la psicología y hace que lo aparentemente fantástico tenga, al final, una explicación racional. Sin embargo, se permite a menudo algunos facilismos y ciertas demagogias que no me gustan... Claro, en este caso lo que menos importa es mi opinión... En cuanto propuesta, me parece excelente, pero usted sabe cómo es esto: deberá presentar el proyecto y ser aprobado por el comité evaluador. No le prometo nada, pero créame que estaré de su lado. Usted es ambicioso y, en estos casos, la ambición es un buen motor.

Por la manera en que articuló el adjetivo *ambicioso*, me pareció que, dentro de su cerebro, lo acompañaba el adverbio *demasiado*.

El resto de la conversación representó para mí una suma de estímulos. Aunque con cierta displicencia, Ramírez Ansaldi mostró que recordaba bastante bien algunos argumentos y ciertos recursos narrativos que el novelista solía repetir. Con su prodigiosa memoria, aunque con un halo de desdén, citaba detalles y personajes secundarios que yo mismo, que había leído tantas veces las obras, había olvidado.

«Claro», me dije, «hay algo indiscutible: yo soy el inexperto Federico Loíacono, el entusiasta que hace y hará lo que pueda, y él es el maravilloso doctor Manuel Ramírez Ansaldi, el que abarca, procesa y elabora cualquier información externa, convirtiendo en funcional lo que merece serlo y desechando lo que entorpece o molesta».

No exagero si afirmo que me despedí de él en un estado de emoción quizá difícil de

explicar, pero auténtico. La avenida Pedro Goyena es de muy agradable aspecto, y esa tarde de diciembre me pareció doblemente embellecida.

3

Pasó el tiempo estipulado y, por fin, obtuve la beca.

Sé que el apoyo de Manuel Ramírez Ansaldi resultó decisivo para que mi tema fuera aprobado, aunque los prejuicios no dejaron de sentirse: Spinelli no estaba comprometido con causa política o humanitaria alguna, no abundaba la bibliografía sobre él, pertenecía a la literatura de escape, tenía éxito de ventas, sus libros solían encabezar la lista de *best-sellers*, ganaba mucho dinero... En suma: toda una serie de lugares comunes propios de cualquier casa de altos estudios que se precie de tal.

Dado que la beca que se me concedía era de dedicación semiexclusiva, podía dedicarme a otra actividad para completar mis ingresos. De no ser así, hubiera necesitado, a fin de profundizar los estudios, la disciplina de un faquir si pretendía mantenerme con el poco dinero que se me asignaba.

Por esos días una vez más Ramírez Ansaldi me honró pidiéndome un favor que, en realidad, me beneficiaba a mí:

—Usted conoce cómo funciona el mecanismo universitario; a medida que nos tornamos viejos, la Facultad nos va quitando de encima mediante seminarios. Luego viene la inexorable jubilación y el olvido: *lex vitae*. De modo que, como habrá notado, yo empiezo el camino de la disgregación. Me ofrecieron que brindara un curso sobre Cervantes. Tal vez usted quiera ayudarme. A mi edad, el *Quijote* ya es una empresa inabarcable. ¿No querría darme una mano con los relatos enmarcados? ¿Le gustaría trabajar la «Novela del curioso impertinente»? Una vez que termine el seminario, algunas de las ponencias internas se publicarán en *Anales de Filología Romance*. Cosa es sabida que los papeles académicos serán más que necesarios en su futuro.

Es cierto que yo estaba ocupado no solo con el trabajo sobre Spinelli, sino con unas cuantas correcciones de estilo que le debía a una editorial de obras científicas y una traducción, del inglés, de un espeluznante texto psicoanalítico del cual —como Cervantes— no quiero acordarme, pero acepté sin dudar. ¿Acaso Manuel Ramírez Ansaldi no me había ayudado para que pudiera trabajar sobre mi informe doctoral? ¿Acaso Manuel Ramírez Ansaldi no me había formado a lo largo de cinco años?

Sin embargo, me previne:

—Difícilmente pueda encontrar algo nuevo para decir sobre Cervantes.

—¿Y quién quiere oír cosas nuevas en un seminario? Usted es cultor de lo nuevo, como todo joven. A mi edad (sepa disculpar el reiterado tópico sobre *tempus victor*) nos conformamos con la decencia de la claridad y lo necesario. Enseñemos, pues, del modo más honesto posible lo que es esencial sobre el *Quijote*: hagamos acopio de lo que otros han dicho y busquemos aquello que nos parezca más atinado. La bibliografía abunda; el

buen criterio escasea.

Y así fue como, durante un tiempo, me dediqué a exponer los pormenores de la novelita italianizante en que Cervantes rinde a su manera un homenaje a Boccaccio. Muchos críticos coinciden en que ese relato bien podría ser suprimido de la trama general del *Quijote*. Sin embargo, expuse esta idea central: la historia en que Anselmo le solicita a su amigo Lotario que ponga a prueba la resistencia amorosa de su mujer con fingidos trabajos de seducción constituye un reflejo barroco de la locura de don Quijote. Es decir, para reforzar la idea: veo la necedad de Anselmo, al exponer a su esposa a caer en la infidelidad, como una forma críptica de aludir a don Alonso Quijano, expuesto a la sinrazón de los libros de caballería.

Sin vehemencia y sin resignación, Manuel Ramírez Ansaldi convalidó mi hipótesis, aprobación que —diré la verdad— me hizo sentir muy bien.

4

La beca constituía un buen pretexto, o mejor dicho un buen motivo, para entrevistarme con Spinelli. Solo conocía de él una foto, siempre la misma, que se reproducía en la contratapa o en la solapa de todos sus libros. Su aspecto me inspiraba, no diré rechazo (pues lo admiraba demasiado), pero sí una suerte de, ¿cómo diré?, de desagrado visual. Contra lo que expresaban la alegría de narrar y la gratuidad de sus libros «escapistas», Spinelli mostraba un aspecto lúgubre y desaseado, que recordaba un poco las imágenes de los existencialistas franceses. Estaba completamente calvo en la parte superior de la cabeza, pero, sobre las orejas, tenía abundante y muy largo pelo blanco, que se prolongaba en una extensa barba cenicienta. El retrato reproducía un rostro muy serio, con un rictus de amargura o de tristeza en la boca, de labios un poco fruncidos, en los que asomaba una pipa. Gruesos anteojos oscuros completaban una efigie pesimista que siempre se me antojó fingida para transmitir una imagen de «intelectual comprometido», imagen que, paradójicamente, no tenía ninguna relación con la clase de literatura que redactaba Spinelli.

Bajo la foto, los datos biográficos eran escuetos. Nacido en Piaggine, pequeña localidad situada a unos cien kilómetros al sur de Nápoles, Spinelli había emigrado a la Argentina cuando contaba un poco más de veinte años y, habiéndose aclimatado a nuestras costumbres, redactó en excelente español toda su obra, de la que la contratapa citaba cinco o seis títulos.

Como dije, la beca me proporcionaba un motivo válido para intentar conocerlo personalmente. Se sabía que Spinelli era un hombre más bien huraño, que vivía en Santa Stella Maris, ese pueblo diminuto que se asoma al Atlántico bastante antes de llegar a Mar del Plata.

En octubre busqué su número de teléfono en la guía de Internet. No lo hallé: no había ningún Spinelli en el pueblo de Santa Stella Maris. Luego se me ocurrió llamar a Fabulator, su editorial habitual, y ahí me brindaron su número. Volví a la búsqueda en el TeleXplorer y verifiqué que ese número correspondía a una tal Carolina Frei.

Procuré comunicarme varias veces con Spinelli, pero me resultó imposible. Siempre me atendía una voz joven y femenina —posiblemente su secretaria, pensé, que sería la misma Carolina Frei—: indefectiblemente, me informaba que el señor Spinelli estaba de viaje o que por el momento no concedía entrevistas. Con el mismo resultado infructuoso, insistí en noviembre y en diciembre. Más tarde me cansé de llamar y dejé transcurrir todo el verano.

Si bien no es regla estricta, la perseverancia puede premiarnos con el éxito: en marzo volví a intentar la comunicación. Del otro lado de la línea, una voz quebradiza contestó *Pronto*. Spinelli me respondía en su lengua natal. Cuando le dije quién era yo y cuáles eran mis propósitos, pasó de inmediato a hablar en español, con algunos resabios de acento italiano.

Yo estaba muy nervioso y emocionado, y creo que dije unas cuantas sandeces. Spinelli, con absoluta llaneza, me dijo que, cuando me viniera bien, yo podía visitarlo en su casa de Santa Stella Maris para explicarle con algún detalle mi proyecto. ¡No podía creerlo! Sentí que estaba viviendo uno de los momentos inolvidables de la existencia.

El siguiente sábado tomé el ómnibus en Retiro y a media mañana llegué al pequeño pueblo. Dejé la mínima valija en Los Eucaliptos, el único hotel del lugar, y, tomando mi cuaderno de apuntes y notas, pregunté por la casa de Spinelli. El conserje —jovenzuelo de no más de dieciséis o diecisiete años—, cuando cometí el acto innecesario de revelarle cuál era mi propósito, al instante se tomó la libertad de llamarme *profé*, pero, en compensación, sabía exactamente quién era Spinelli y dónde vivía, y me indicó cómo trasladarme a lo largo de unas ocho cuabras.

En el trayecto advertí que la topografía de Santa Stella Maris era bastante curiosa. Solo vi dos escasas playas de arena. En su mayor parte, el pueblo se eleva no menos de cincuenta metros sobre el nivel del mar; las olas baten contra un acantilado casi vertical que, en su parte superior, deviene en una planicie prolongada en la rambla de la avenida de circunvalación.

La vivienda parecía vieja y algo descuidada, con gruesas rejas en puertas y ventanas que le daban cierto aire colonial. En el breve jardín el césped estaba alto y mezclado con arena y hojas secas. Junto al cordón de la acera se hallaban, a modo de contraste, dos autos de origen francés: un impecable Peugeot 207 blanco que parecía recién salido de fábrica, y un Renault Gordini, una especie de reliquia, fabricado en la década de 1960 y ahora con deterioros y abolladuras en la chapa bordó: un coche que siempre me había parecido feo y deforme, y que había visto muy rara vez. Pensé que las personas de cierta edad —como era el caso de Spinelli— suelen encariñarse con los objetos antiguos.

Abrió la puerta una hermosa mujer, alta y morena, de unos treinta años, que, al rozarme con su mejilla y darme un beso en el aire, dijo:

—Mucho gusto en conocerte. Soy Carolina, la secretaria de Mario.

Por fin me encontré frente a Spinelli. Si bien su fecha de nacimiento indicaba que aún no había cumplido los sesenta años, lo cierto es que su aspecto era el de un anciano

de no menos de setenta y cinco y aun de ochenta. Extremadamente flaco y cargado de espaldas, caminaba, en su elevada estatura, agobiado y vacilante, y se apoyaba en un bastón metálico que terminaba en trípode. Vestía una bata amarrada que algo tenía de rata o de laucha y que acentuaba aún más su imagen de hombre enfermo y enclenque, y, según me pareció, desinteresado ya de la vida.

Su voz, más que grave, era apagada y, a pesar de sus cuarenta años de estadía en la Argentina, conservaba un indisimulable acento italiano.

Ley de compensación: el brillante escritor de policiales resultó ser un hombre grisáceo, de respuestas titubeantes y escasas. Evidentemente, los reportajes le parecían una serie de convencionalismos sin sentido alguno. Se lo veía cortés, pero desgano. Era muy miope: al leer, se acercaba al escrito hasta casi tocarlo con sus lentes de muchas dioptrías y cristales ahumados (lo que me hizo inferir que Spinelli sufría también de fotofobia, y que no podía soportar el esplendor del sol).

Sobre el escritorio no había computadora sino una Olivetti Lexicon, y asocié esta predilección por lo antiguo con la presencia del Renault Gordini.

Le expliqué someramente cuál era mi propósito: escribir una extensa monografía sobre el conjunto de su obra. Me agradeció, pero no pareció ni siquiera mínimamente halagado por mi interés en su literatura.

—Le soy sincero... —dijo, cuando el diálogo languidecía—. Hace unos cuantos meses que cada día que pasa estoy más cansado y la verdad es que no tengo ganas de prestarme a entrevistas ni de responder preguntas. Creo que un escritor habla por sus escritos, y no por sus respuestas orales. Por lo que me dice, usted conoce bien mis libros...

Me apresuré a asentir, con el temor de que Spinelli no quisiera colaborar en absoluto conmigo.

—Usted conoce bien mis libros —repitió—. Yo puedo brindarle el conocimiento de mi «cocina» de escritor. Aquí están mi mesa de trabajo, mi biblioteca, mis originales... Verá apuntes viejos, esbozos. Cuentos empezados y abandonados... No soy de tirarlos porque a veces en los papeles viejos encuentro ideas nuevas. Todo queda a su disposición, joven. Trabaje nomás. Lo único que le recomiendo es que no cambie nada de lugar: este aparente desorden es *mi* orden, y en él hallo en seguida todo lo que necesito.

Este fue el trato, y a él me ceñí.

5

Mis compromisos laborales me ocupaban por completo de lunes a viernes. Pero ya me había acostumbrado al método de llegar a su casa algunos sábados por la mañana; me hospedaba siempre en Los Eucaliptos, y el conserje, el adolescente llamado Kevin, hijo del dueño, ya sabía que yo era «el *profe* que iba a la casa del escritor Spinelli».

A veces, el novelista se hallaba en la casa. Yo me quedaba trabajando en su biblioteca; Carolina solía traerme café y unas galletitas, y se retiraba. Spinelli nunca escribía en días

feriados y me dejaba investigar en paz, mientras él deambulaba, fumando su pipa, por otras habitaciones de esa casa rectangular y enorme. Lo cierto es que, sin que pueda explicar la causa, el golpeteo contra el piso de su bastón con trípode me infundía cierta angustia difusa.

Sin embargo, la mayor parte de los sábados Spinelli estaba ausente. Entonces me atendía Carolina, que no era su secretaria, como supuse al comienzo, sino la mujer con la que convivía.

Era llamativo que una muchacha de treinta años, bella, con curvas y de insinuantes movimientos, viviera con un hombre que la doblaba en edad. Un hombre que poseería muchas virtudes intelectuales, es cierto, pero ningún atractivo físico. Débil, quizá enfermo, claudicante, acaso cerca de su muerte... (Una repisa de su estudio tenía cierta semejanza con el estante de una farmacia: medicamentos contra la artrosis, contra la artritis, contra el reumatismo, contra el insomnio: leí Dormitol, Dendron Toxicus Rhus Toxicodendron, Rendo Rhodo, Rhus Algiol, Somnibonus, etcétera.)

Chocaba con la austeridad de Spinelli cierta ostentación —diría— en el vestuario de Carolina. Aunque nada entiendo de modas ni de indumentaria femenina, me pareció que la muchacha —al igual que ciertas estrellas de la televisión— siempre se hallaba estrenando ropas nuevas. Sin duda las pingües regalías de los *best-sellers* del novelista le proporcionaban un excelente vivir y muchos gustos: por ejemplo, supe que el Peugeot blanco era de su propiedad, un regalo que, «porque sí», le había hecho Spinelli, quien solo utilizaba el viejo Gordini.

Empezaron a hostigarme ciertos pensamientos peligrosos... Un sábado se me ocurrió preguntarle a Carolina por qué tan pocas veces Spinelli se encontraba en la casa.

—En casi toda la mitad del año pasado —me dijo— anduvo de viaje por Italia; allá tiene muchos parientes. Ahora suele estar en casa de lunes a viernes, que son los únicos días en que escribe. Pero prácticamente todos los viernes a la noche se sube al Gordini y se va hasta Mar del Tuyú a visitar a una hermana enferma que ya no puede caminar. Pasa la noche ahí y se queda también el sábado; suele regresar el domingo al mediodía.

Pensé: «Quiere decir, bombonazo, que vos estás sola durante todo el sábado».

No quiero entrar en vergonzosos detalles eróticos ni tampoco afirmo que Carolina me buscó a mí ni que yo la busqué a ella. El hecho es que uno de esos sábados no regresé, como había sido mi costumbre, a Los Eucaliptos para almorzar y dormir una siestecita: comí en el antecomedor con Carolina y con Carolina terminamos en la cama matrimonial de Mario Spinelli. Yo sentí un poco de remordimiento, no lo niego, pero también me dije que mis veintiséis años me autorizaban a disfrutar de esa Carolina a quien posiblemente su marido (o lo que fuera) ya no lograba satisfacer.

La muchacha y yo ingresamos en una suerte de rutina. Mediante el teléfono ella me avisaba, los viernes, si era factible o conveniente mi viaje hasta Santa Stella Maris: en general predominaron los avisos positivos. La casa de Spinelli se convirtió en mi casa de los sábados y Carolina en mi mujer de los sábados.

6

Un miércoles, muy, muy temprano (serían las cinco de la mañana), me despertó el teléfono. Era Carolina. Al principio no lograba comprender qué me decía, pues ella mezclaba aparentes incoherencias con risas nerviosas y con llantos.

Por último pude entender la sorprendente noticia: Spinelli había muerto en un accidente de tránsito producido en Santa Stella Maris. Me pregunté cómo podría uno accidentarse en un pueblo casi sin autos y casi sin habitantes.

—Voy para allá —le dije.

Unas horas más tarde llegué a Los Eucaliptos. Apenas me vio entrar, Kevin me dijo:

—¿Sabe, profe, que falleció el escritor...?

—Sí, gracias, Kevin. Por eso vine.

Dejé mi valija en el hotel y corrí a casa de Carolina.

Me dijo que, sin que ella pudiera explicárselo, Spinelli se había enterado de «lo nuestro». La noche anterior se lo había reprochado de mil maneras y habían sostenido una terrible discusión. Cosa rara en él, y llevado por su angustia, Spinelli, durante la disputa, había bebido varios vasos de whisky. Por último, y por completo borracho, abandonó la casa, pegó un colérico portazo, subió al desvencijado Gordini y partió. A la mañana siguiente el auto apareció semisumergido en el mar, al pie de los acantilados, con tres puertas abiertas, la trasera derecha por completo desprendida y la carrocería hecha toda un gran bollo.

La policía concluyó en que «el sujeto, en evidente estado de ebriedad, según manifestaciones de la cónyuge», subió con su auto a la rambla de la avenida de circunvalación y se precipitó, como una roca que rueda dando tumbos, hasta el pie de los acantilados. Por los efectos de los golpes, se abrieron (o se desprendieron) las puertas del vehículo, y el cuerpo de Spinelli fue despedido hacia el mar. El cadáver, posiblemente alejado de la costa por el oleaje, aún no había sido hallado. La Prefectura Naval se encontraba realizando las correspondientes tareas de búsqueda..., etcétera.

Quiérase o no, Carolina se hallaba contrita y bajo los efectos de los remordimientos y de la angustia. Me pareció que lo más prudente era dejarla en soledad con sus cuitas, para que elaborase sus pesares, y me volví a Buenos Aires ese mismo atardecer.

Al retirarme del hotel, Kevin me dijo:

—¿Este sábado le toca volver, profe...?

Tal vez por tener íntimas aprensiones, me pareció que por la pregunta transitaba cierta ironía y que Kevin sabía más de lo que aparentaba sobre mi relación con Carolina.

—No sé —fue toda mi respuesta.

7

Pero, después de un tiempo, reanudé mis visitas a la casa de Carolina. Omitiendo el hospedaje en Los Eucaliptos, llegaba el sábado alrededor de las once de la mañana y me retiraba el domingo a la noche.

Cuando se cumplió un mes de la infructuosa búsqueda, la Prefectura —tal como lo indica la ley— declaró oficialmente muerto a Mario Spinelli, y Carolina y yo pudimos, ahora libres y felices, desembarazarnos de los últimos temores.

Aunque mi interés literario por su obra no había disminuido un ápice, agregué el torpe aliciente comercial de que el pequeño revuelo causado por la muerte de Spinelli favorecería la difusión y la venta de mi libro de ensayos cuando se publicase. De manera que retomé la tarea con renovados bríos; sin embargo, entre los papeles del novelista no encontré mejores datos que los que ya me habían brindado sus narraciones.

En algún momento de la noche de un sábado y el amanecer del domingo, me desperté inquieto y encendí el velador. Carolina, profundamente dormida, no había oído nada. Presté atención y me refregué los ojos.

Desde el estudio y la biblioteca de Spinelli parecía venir el conocido golpeteo de su trípode metálico sobre las baldosas. «No puede ser», me dije. «O estoy soñando o, mucho peor, estoy alucinado o loco».

Los pasos y los golpes del bastón se acercaban al dormitorio. La sacudí a Carolina:

— ¡Despertate, Carolina, viene Mario!

Se despertó pero no entendió qué le decía yo.

— ¿Cómo, cómo? —dijo varias veces.

La conocida voz itálica de Mario Spinelli dispó todas las dudas:

—Carolina y Federico: ¿estaban durmiendo...? ¿Durmiendo en mi cama...? Oh, discúlpenme si los desperté de ese sueño dichoso y sin culpa.

Mecánicamente extendí el brazo y encendí el velador.

De pie, erguido y elegante como siempre, sonriente e irónico, nos miraba el doctor Manuel Ramírez Ansaldi. Vestía equipo de gimnasia, y cargaba un bolso deportivo. De modo por completo incongruente, calzaba guantes amarillos de goma, de esos que se usan para lavar la vajilla. Hizo tintinear un manajo de llaves y apoyó el trípode contra la pared.

Ignoro qué movimiento de estupor habremos hecho Carolina y yo, pues la voz de Mario Spinelli añadió:

—No, no tengan miedo de este fantasma... No soy una persona verdadera, solo soy un inventor de ficciones policiales que finge haber nacido en Piaggine y que se oculta bajo un seudónimo verosímil. Apenas soy una creación, y no la única, de ese hombre que el mundo llamado real conoce como Manuel Ramírez Ansaldi.

Y, tras lo que consideré una aborrecible pausa de efecto, una especie de golpe bajo de comedia barata, continuó, ahora con la voz y las inflexiones habituales de Ramírez Ansaldi:

—Tengo mundo y sentido común, y puedo comprender cuáles se presumen que son los derechos de la juventud confrontados con los deméritos de un anciano enclenque y acaso moribundo. Les sugiero vestirse y asearse, y que pasen luego al comedor, donde podremos conversar de cuestiones varias.

Bueno, no sé... No tengo manera de entender y mucho menos de describir los caóti-

cos pensamientos que bullían en mi cabeza. A pesar del discurso tranquilo de Ramírez Ansaldi, Carolina estaba aterrorizada. Creo que yo no sufría miedo físico, pero percibía que un arroyo falaz corría por debajo de las palabras del profesor.

Fuimos al comedor. En efecto, nos esperaba, sentado a la cabecera de la mesa. Con un ademán nos indicó que nos sentáramos a ambos flancos. Había dispuesto tres vasos, llenos casi hasta el borde, de whisky con hielo. Señaló la botella, recién empezada:

—Lamento que sea el popular Criadores y no el Caballito Blanco, pero es lo que, en el apuro, alcancé a comprar en un chino cualquiera. Para empezar, propongo un brindis tripartito.

Extendió el brazo derecho y su vaso chocó con el de Carolina y con el mío.

—*Ad multos annos* —dijo, con una sonrisa.

Bebió un largo trago, con los ojos cerrados, en la misma actitud que yo le había visto en el bar de la avenida Pedro Goyena.

—El profesor Loíacono es dueño de muchos talentos, es inteligente, posee relativa percepción literaria, mediano sentido crítico, discernimiento más o menos loable... En resumen, es lo que podríamos llamar un hombre razonablemente brillante. Además, es alto, buen mozo, simpático, «entrador», «canchero»... Joven y ambicioso, suele lograr lo que se propone. Es, en suma, un *winner*, ¿no es cierto?

Esta pregunta se dirigió simultáneamente a Carolina y a mí. Yo me limité a esbozar un gesto vago, que tanto podía significar afirmación, negación o duda.

—En cuanto a mí, confieso que tengo dotes histriónicas; además, me encantan el juego literario y las imposturas, las personalidades trocadas...

Sin duda, Ramírez disfrutaba de la pequeña obra teatral que estaba improvisando ante dos espectadores.

—Un individuo de mi bien ganado prestigio académico de humanista clásico no podía descender a escribir *best-sellers*, ese producto vil que yo desprecio profundamente. Ser dos personas en lo íntimo es más sencillo que ser dos personas en lo exterior, pues, en este caso, puede intervenir la incredulidad de quienes contemplan nuestra representación. No es fácil disfrazarse... Por ejemplo —me miró, sonriente— usted, joven Federico, es, en realidad un frívolo tenorio que, por quién sabe qué equívoco, en algún momento se creyó un crítico literario, ¿no es cierto?

—No —repliqué—, no es cierto. La realidad es la inversa: en todo caso, soy un crítico literario que sucumbió a la humana tentación.

—Muy bien. Así será: no veo motivo de polémica. Sin embargo, me sorprende que, a pesar del acceso que ha tenido a las cumbres de las letras, haya podido interesarse en la bazofia que escribía Spinelli, ese traficante de la infraliteratura, cuyas regalías, es verdad, sostenían el bienestar, el piso de la calle Maure, el Be Eme de Ramírez... En este punto advierto cierto fracaso mío en cuanto profesor...

Su mirada se detuvo unos instantes en mis ojos: y había tristeza en ella.

—Disfraces físicos... Creo que pelucas o barbas postizas solo sirven para llamar la atención sobre su portador. Yo preferí inventar calvicie mediante el rasurado de la testa, allí donde mis cabellos aún conservan su color original; patillas y barba se dejan crecer, naturalmente, blancas y luengas. Caminar agobiado, ayudarme con bastón, usar gafas de fotófobo, vestir bata de geriátrico...: un juego de niños. Quien sabe hacer lo más, sabe hacer lo menos: si puedo apoderarme de las voces de Gardel o de Sandrini, puedo también algo mucho más fácil: inventar el habla itálica de Mario Spinelli. En fin..., creo que las palabras sobran. La muy cariñosa Carolina comprenderá así por qué su esposo (iba a decir su *amado* esposo; a la luz de los hechos prefiero vetar el adjetivo) se alejaba en un inexistente viaje a Italia en la última mitad del año, momento en que aparecía en Buenos Aires convertido en el doctor Ramírez Ansaldi, en el segundo cuatrimestre universitario. Y el joven Loíacono ya habrá adivinado por qué proclamaba que en la primera parte del año solía estar en Grecia o en Israel.

—Disculpeme, doctor, y se lo pregunto con todo respeto: ¿por qué armó toda esta comedia?

—¿Por qué...? Por *razones estrictamente literarias*. ¿Qué fin puede y debe perseguir un narrador? El único posible: un fin meramente hedónico: el placer de fabular, de crear ficción, de pergeñar realidades y mundos. La verdad es que mi intención no iba, al principio, más allá de practicar un poco el juego de «apariencia y verdad». Pero... Loíacono solía contemplar con codicia y lubricidad el trasero y los pechos de Carolina. Advertida esta circunstancia por Spinelli, decidió, de común acuerdo con Ramírez Ansaldi, aplicar el método de «El curioso impertinente». El doctor obró como Anselmo, el joven ambicioso como Lotario, la muchacha como Camila, y el resultado (lamentable) fue similar al que imaginó Cervantes en su relato.

En este punto yo iba advirtiendo una especie de alejamiento o de vaguedad en la visión del comedor, de la mesa, de las sillas, de la botella de Criadores, de Ramírez Ansaldi, de Carolina... Una suerte de súbito aburrimiento, o de sopor, empezaba a hacerme desinteresar de las palabras de ese farsante.

—Acostumbrado, como estoy, al whisky, los dos vasos de la noche del accidente no podían producirme el menor efecto etílico, pero sirvieron para que Carolina me creyera ebrio. También yo he pagado algún precio. Al fin y al cabo, no dejo de ser un porteño sentimental y tanguero: les confieso que se me saltaron las lágrimas cuando me vi obligado a estrellar en los acantilados a mi Gordini 64, esa querida carrindanga.

Intenté responder algo (no sabía qué), pero la lengua se me trababa y apenas logré farfullar unas sílabas inconexas.

—Claro —dijo Ramírez, exhibiendo un frasquito en la mano izquierda—, el Dormitol, medicamento de venta libre, es una marca comercial; la droga es la melatonina, que está contraindicada cuando se bebe alcohol, pues su efecto se potencia demasiado. La bella Carolina y su atractivo galán la han bebido con su whisky...

Entonces vi, ahora en primerísimo primer plano, su mano derecha, enguantada y amarilla, y, en la mano, una pistola que se prolongaba en el cilindro de un silenciador.

Apuntó a la cabeza de Carolina y disparó... Disparó ¿cuatro, seis, tiros...? No lo sé. Carolina se derrumbó en la silla, hecho su hermoso rostro una masa sanguinolenta.

En seguida quitó el silenciador de la pistola y dejó el arma sobre la mesa, junto a mi vaso vacío.

—Ahora le pondré digno colofón a esta obra. Voy a llevarme mi vaso, pues no debe haber ningún motivo para pensar que una tercera persona haya estado aquí de visita. Una vez en la calle, haré un llamado anónimo a la policía: diré que, al pasar por tal casa, de tal dirección, de Santa Stella Maris, oí una serie de disparos de arma de fuego. Ocultaré las llaves de Caro en algún escondrijo, no demasiado recóndito, de esta vivienda que conozco tan bien; la policía, tal como es su costumbre, revolverá todo y terminará por encontrarlas. Los periodistas formularán, con su sempiterna ligereza, conjeturas erróneas: «¿Por qué razón el asesino se encerró por dentro y ocultó las llaves? Los peritos manejan diversas hipótesis», etcétera. La cuestión es que, durante las próximas ocho o diez horas, el joven Loiácono dormirá profundamente y no podrá ni siquiera asomarse a la vereda. Según parece, no le resultará fácil explicar por qué se halla encerrado en una vivienda ajena con una mujer, la dueña de casa, muerta a tiros y con el arma homicida que tratará, infructuosamente, de esconder.

Tomé la pistola, apunté contra Ramírez y accioné varias veces el gatillo.

—El cargador está vacío —explicó—. Ahora, y tal como yo preveía, usted ha dejado en la pistola huellas digitales y muestras de ADN.

Guardó el vaso en el bolso deportivo. Abrió la puerta y se retiró. Oí el ruido de las dos vueltas de llave.

En ese momento, un cansancio abrumador, una suerte de masa viscosa, cayó sobre mí y apoyé la frente sobre la mesa. El sol brillaba cuando me despertaron los golpes de la policía al tirar abajo la puerta de la casa.